

La canción se transforma en elegía

Almoraima González

Leer de nuevo a Eloy Sánchez Rosillo en *Sueño del origen* es un acontecimiento que tiene mucho de fiesta para mí. En *Oír la luz* había dejado palpitando una intuición; vislumbres del sentido, del orden en el caos que es la vida. En *Oír la luz* no había, pues, plenitud, sino más bien una serenidad provechosa, que lo impulsaba a seguir buscando. Y ha sido entonces, al final de esa búsqueda, cuando ha llegado *Sueño del origen*. Este nuevo libro de poemas viene cargado de celebración, de aplausos a lo sencillo, de miradas elegíacas alrededor.

Eloy Sánchez Rosillo ya nos tiene acostumbrados a esta fiesta de la vida, a su mirada condescendiente y luminosa sobre el tiempo y los recuerdos, pero Sánchez Rosillo es también la garantía de impresiones renovadas, de una percepción nueva y más grande que la anterior. Su poesía se ensancha con los años y con los días vividos y va al encuentro de alguien –a quien creemos conocer– cómodo, cada vez más, consigo mismo:

[...] *Fue preciso/ que pasaran los años para verlo del todo/ nítido y necesario en la distancia/ y ansiarlo sin medida, merecerlo, soñarlo/ cada vez que soñaba. Hasta que, repentino, / floreció en mi presente, en un ahora/ que también es un antes y un después, tiempo entero. [...]*

Eloy Sánchez Rosillo: *Sueño del origen*, Tusquets, Barcelona, 2011.

Y si en su poemario anterior iba y venía del pasado al presente, buscando el sentido y buscándose, en *Sueño del origen* abre y cierra un círculo perfecto. Quiero decir que si podemos pensar una figura que represente los sesenta y cinco poemas que conforman el libro (no hay apartados, no hay secciones ni otro tipo de separaciones significativas) ésta sería sin duda el círculo. Un poemario que se abre con el alba, que se llena más adelante de la luz del día, que asiste al ocaso, a la luna refulgente en la noche; los días nuevos de septiembre, el invierno, la primavera y la canícula. Es un conjunto redondo de poemas donde «nada acaba o se pierde: gira o torna/ purificado a nuestro corazón;/ nube que luego es lluvia, fuente y río, / nube otra vez, y lluvia y ancho mar».

El poeta murciano ha hilvanado un conjunto de poemas que tienen mucho sabor a su poesía de siempre: con la sencillez expresiva y la claridad por bandera celebra la maravilla, lo prodigioso que habita –casi en silencio, casi en secreto– en las cosas más sencillas y eternas. Afirma con rotundidad que nuestro asunto es la vida, y entonces vuelven al lector la noche, los grillos, la playa, el atardecer, el silencio, unas manos; los que han sido y son sus temas centrales e ineludibles para entender a ése que le niega y le desdice, su yo tan ajeno e inconciliable extranjero que lleva dentro. Su parte por el todo.

Escuchamos una voz en primera persona que hace balance vital, que toma de su pasado lejano sólo el fruto, que lo asimila y con él se funde en lo que es él ahora. La mirada amplia sobre las cosas en verdad importantes, un dilatado horizonte abierto ante sí y una conciencia muy clara de que estar vivo es un milagro, de que tenemos un pacto con la vida y que de nosotros depende abrir la ventana para que entre la luz o cerrarla para siempre. Sin duda, en la forma de tratar esta idea así como en el núcleo de la idea en sí, hay un espíritu común con la poesía del Vicente Gallego de *Si temierais morir*. Dos poetas que, sin pertenecer a la misma generación, atienden a la vida con un mismo impulso: son optimistas convencidos (el poeta y el hombre que son), ambos ven más luz donde otros no aciertan a encontrarse, hallando el prodigio en cualquier parte. Una misma fuerza, un casi panteísmo si me lo permiten, de quien ha comprendido por fin dónde estaba, en efec-

to, el sueño del origen. Y pienso en el poema «Luz entrevista», cuyas dos últimas estrofas dicen así:

Antes de aquel suceso/ hubo un despojamiento involuntario,/ una larga indignancia, una caída,/ algún hondo dolor./ Mas vine a dar después y sin saber cómo/ en la fulguración de esta pureza./ Una puerta cerrada se abrió un poco/ y la luz que entreveo no declina.

En Sánchez Rosillo el reposo de lo vivido es también semilla de donde surge la poesía verdadera («De la quietud, entonces,/ van brotando las palabras»), aunque la hermosura (en su sentido más puro, sin haber pasado por el tamiz de la reflexión o el entendimiento) se encuentre en cualquier parte, sólo al acecho del atento. La maravilla está cerca, está en nosotros, viene a decirnos el poeta, más que estar alrededor es que ya está con nosotros:

«[...] Si estás atento y miras y la esperas,/ no es preciso que vayas a buscarla/ a extrañas ni lejanas latitudes./ Desde el silencio de mi casa, en esta/ noche fría y serena de un 22 de enero,/ sin moverme siquiera del cuarto en que escribo,/ puedo ver cómo, mágica, en el cielo va alzándose/ una gran luna llena, y nada más ansía/ mi corazón rendido,/ nada más/ necesitan mis ojos.»

Este poema que acabo de mencionar apunta también algo importante dentro del libro. Ya he hablado de un horizonte ancho, de una mirada desprendida, de que quien habla en estos versos quiere ver y por eso mira y mira generosamente, pero me gustaría resaltar otra idea vinculada a esto. Me refiero a la creencia de que es en nuestro corazón donde abre brecha la carga de la maravilla, de cualquier momento precioso –que vuela por el aire y nos busca–; que es ahí donde nace o penetra y luego arraiga, que somos nosotros el centro y la vida misma. El propio poeta se avala en sus sospechas, y es que el escenario de la mayor parte de estas composiciones es el mismo: es su cuarto, donde escribe el poeta. Desde él llega a la tarde, llega al sonido de las ranas, o alcanza la luna. La vida está dentro y qué mejor prueba de ello

*Lo sé y lo siento ahora:
No es un lugar*

*Ni un tiempo derramándose
Esta luz viva.
En su interior doy pasos.
Todo ya es el centro.*

que este final, el hallazgo: *¿Volveré aquí otra vez,/ y a ser dichoso/
en este centro mío?* El poeta sabe ahora que «la concordia que en
las cosas percibo/ no es de fuera de mí,/ sino que en mis adentros
se genera.» Tan sólo hay que saber hablar el mismo idioma ©